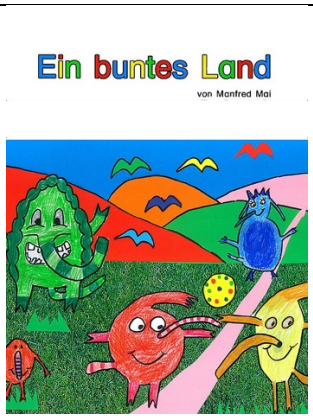
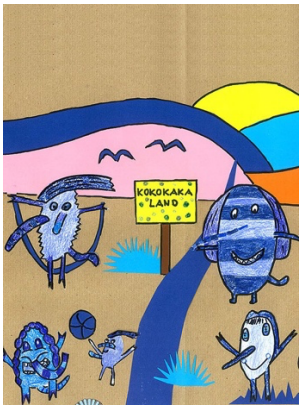


Un país colorido

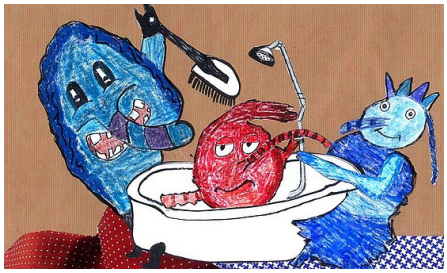
de Manfred Mai

übersetzt von Sandra Ramírez Serna



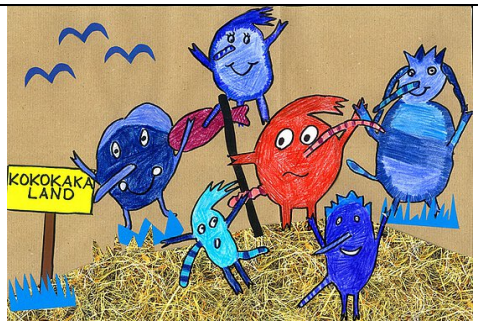
Kokokaka era un país detrás de las montañas
Allí vivían los pumpus desde hace miles de años.
Siempre hubo pumpus grandes y pequeños, gordos y delgados, inteligentes y tontos.
Aunque eran diferentes, una cosa tenían todos en común: un pelaje azul.

Hasta que un día nació el primer pumpu con un pelaje rojo.



Sus padres se asustaron mucho cuando vieron a su hijo rojo.
Lo lavaron y lo restregaron una y otra vez, pero el pelaje de su hijo permaneció rojo.
—Aún así lo quiero —dijo la madre.
—El padre asintió. —Lo importante es que esté sano y sea feliz.
El pumpu rojo estaba sano, pero no era realmente feliz.
Aunque sus padres lo amaban y la mayoría de los pumpus eran amables con él, el pumpu rojo sentía que era diferente.
Y algunas veces eso lo hacía sentir triste.

Una mañana le dijo a sus padres: —Me voy lejos y buscaré hasta que encuentre pumpus rojos.
Los padres se asustaron, como el primer día que vieron a su hijo.
—No necesitas irte —respondió el padre—. No hay otros pumpus rojos.
—Pero yo soy rojo.
—Pero eres una excepción.
—Tal vez haya más excepciones —dijo el pumpu rojo—, y yo quiero encontrarlas.
No permitió que sus padres le hicieran cambiar su opinión ni que lo detuvieran y siguió su camino.



Sin embargo, en todo el país de Kokokaka no encontró a ningún otro pumpu rojo.
Decepcionado y triste, emprendió el camino de regreso a casa.
Sus padres estaban muy contentos cuando su hijo regresó.
Y la mayoría de los pumpus también se alegraron de que el pumpu rojo estuviera de vuelta en casa.

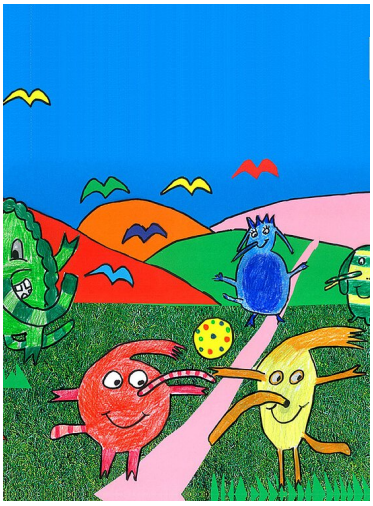
—Si soy honesto —dijo un pumpu gordo—, extrañaba el rojo.
—Yo también —dijo su amigo delgado—. De hecho, me parece lindo que no sólo haya pumpus azules, sino también uno rojo.
—Yo también quisiera tener otro color —murmuró un pequeño pumpu—, cerró los ojos e imaginó el brillante amarillo de las flores junto al arroyo.
—Hace tiempo que deseo tener un pelaje verde —admitió un pumpu grande—. Solo que nunca me había atrevido a decirlo.

El pumpu grande llenó un barril con agua, recogió varias hierbas y las arrojó dentro.
Pronto se tiño el agua de verde y el pumpu grande se metió al barril.
Cuidadosamente se giraba y volteaba; a veces quedaba bajo el agua el trasero y la cola, a veces la cabeza con la trompa.
Y no tardó mucho hasta que un pumpu verde salió del barril.
Se miró de arriba a abajo y resplandecía de alegría.
—Pues no sé —murmuró un viejo pumpu—, los pumpus siempre fuimos azules. Y yo creo que así deberíamos quedarnos.
—Tú puedes quedarte azul —respondió el pumpu verde—, pero a mí me gusta mi pelaje verde más que mi pelaje azul.

<table>
<tr>
<td> </td>
<td>Las semanas siguientes tiñeron otros pumpus su pelaje y pronto hubo pumpus en muchos colores.

El país de Kokokaka estuvo más colorido que nunca.

A la mayoría de los pumpus les pareció esto mucho más bonito que el monótono azul, incluso a aquellos, que querían quedarse con su pelaje azul.

Finalmente, el pumpu rojo se sentió muy a gusto entre los pumpus de diversos colores y estaba muy feliz.</td>
</tr>
<tr>
<td>  </td>
<td>Fin</td>
</tr>
</table>